

## Reseña de “Economía, Ética y Ambiente (en un mundo finito)”

DOI: 10.5281/zenodo.51657



Horacio FAZIO

EUDEBA

2013, 179 pp.

ISBN: 978-950-23-2107-3

“¿Cómo es posible conciliar un ambiente finito –en cuanto a recursos físicos disponibles– con necesidades y deseos humanos ilimitados?”. Esta pregunta y sus posibles respuestas son el eje central de la obra de Horacio Fazio, quien plantea un debate multidisciplinar entre la ética, la economía y el medio ambiente.

La actividad económica ha tenido, desde la revolución industrial, una repercusión más que favorable en la calidad de vida de los seres humanos. Sin embargo, esta actividad presupone la existencia de recursos que, de manera directa o indirecta, provienen de la naturaleza, la cual termina recibiendo la materia residual proveniente de la producción y consumo de bienes y servicios. Así, mientras que por un lado el capitalismo ha mejorado la calidad de vida de gran parte de la población mundial, por el otro - y de manera creciente - está provocando efectos nocivos sobre el medio ambiente. Sus consecuencias no son neutrales desde el punto de vista ético: las futuras generaciones heredarán un planeta cada vez más degradado, con menores recursos y mayor contaminación.

Ahora bien, la economía estándar ha omitido durante buena parte del tiempo esta problemática. Y cuando finalmente enfocó su atención hacia la misma, terminó apostando por el progreso tecnológico y por el mecanismo de precios del mercado, que (supuestamente) neutralizarían el agotamiento de los recursos naturales finitos. En este marco, el libro presentado por Horacio Fazio

constituye una crítica a este enfoque, al tiempo que apunta a poner dentro de la agenda de los economistas, políticos, ONGs, etc., la problemática ambiental y sus importantes repercusiones en el corto, mediano y largo plazo, todo ello en el marco del concepto de racionalidad económica. En general, la obra consta de dos secciones: la primera, de discusión principalmente "teórica", donde se analizan los alcances y límites de la racionalidad económica, y la segunda, de discusión "práctica", donde se argumentará a favor de una *racionalidad valorativa* de los fines económicos considerando los intereses de las generaciones futuras.

El autor comienza analizando la problemática de las necesidades a las que se enfrentan los individuos desde Aristóteles. Este último caracterizaba a la economía como el arte de la adquisición de los bienes útiles para la satisfacción de las necesidades de los componentes de la polis. Dichas necesidades "son limitadas, ya que los bienes requeridos para el sustento de la vida tienen por límite, precisamente, la satisfacción de las mismas" (p.157).

Aristóteles hace una clara distinción entre *necesidades* (que son limitadas) y *deseos* (que son ilimitados). Sin embargo, esta distinción es desdibujada con Adam Smith, quien "se propuso conciliar la economía *natural* y la *crematística* ilimitada a partir de la comprobación de que la racionalidad crematística había tomado notable impulso en la práctica económica desde los inicios de la modernidad y el proceso de consolidación del capitalismo, coronando un largo camino de legitimación ética y social de la actividad económica lucrativa" (p.54). Para peor, con el inicio de la corriente neoclásica en economía se establece como claro y evidente la idea de que los fines están dados, por lo cual daría lo mismo si su consecución implicase la satisfacción de necesidades, deseos, caprichos, etc.

Complementariamente, esta corriente de pensamiento sugiere un modo de entender a la economía que, directa o indirectamente, va en detrimento de las generaciones futuras, ya que en sus razonamientos toman como piedra angular el axioma de *preferencia revelada*, el cual requiere que los agentes revelen sus preferencias. El problema de esto estriba en que las necesidades y deseos de las generaciones futuras no son tomadas en cuenta, ya que, por razones obvias, no pueden manifestar sus preferencias. Como consecuencia de ello, no parece razonable hacer ningún tipo de cálculo de costos de oportunidades que estén basados en el descuento del futuro, ya que los protagonistas de las ganancias y

de las pérdidas del avance productivo no son los mismos. Según el autor, estos problemas no deben resolverse desde lo puramente económico, sino que requiere un enfoque más integral, por ejemplo, reencontrando la economía con la ética, a fin de poder conciliar los intereses de las generaciones presentes con los de las futuras.

Ahondando en esta problemática, Fazio introduce las nociones de certeza, riesgo e incertidumbre en el marco del accionar humano presente y su vinculación con las generaciones futuras. En un contexto de *certeza*, los efectos de una causa son conocidos de forma indubitable. Un ejemplo de ello es la pérdida de biodiversidad ocasionada por el avance de la frontera agropecuaria en determinadas regiones. En uno de *riesgo*, se conocen los efectos, aunque en términos de probabilidad de ocurrencia. Más problemático es el contexto de *incertidumbre*. En este último, los efectos futuros de las acciones presentes son desconocidos: "el estado actual del conocimiento no permite ni siquiera avizorar las consecuencias de la aplicación de determinadas tecnologías o experimentos científicos" (p. 118).

Ante los problemas que acarrea la presencia de un contexto incierto, una posible estrategia que se menciona en el libro es la de adoptar el llamado *principio de precaución*, que aconseja que, ante la duda o el desconocimiento, no se innove. Este principio es en la actualidad aplicado por la unión europea para "garantizar un nivel elevado de protección del ambiente y de la salud humana, animal o vegetal en los casos en que los datos científicos disponibles no permitan una evaluación completa del riesgo" (p. 120, citado de europa.eu). Debe reconocerse que la implementación de este principio no implica la oposición a cualquier tipo de innovación tecnológica que pueda derivar en mejorar la calidad de vida de la sociedad. Por el contrario, se trata de reconocer que la aplicación de una nueva tecnología –de la que pueden resultar determinadas consecuencias sociales y ambientales– no puede tener como único principio de ejecución la tasa de rentabilidad de las inversiones que las sustentan.

Otra cuestión ampliamente debatida en el libro es respecto de los *tiempos de la naturaleza* y del *tiempo económico*. Por lo general, en los modelos neoclásicos la variable tiempo es considerada de "corto plazo". El tiempo es, sencillamente, el *tiempo económico*, esto es, "la duración de los procesos de producción, distribución y consumo, teniendo como horizonte períodos temporales cortos, generalmente, un año" (p. 88). Sin embargo, el circuito económico de

producción, distribución y consumo tiene lugar en un sistema –la naturaleza– donde sus propios tiempos –referente a la conformación del medio físico y a la interacción de éste con las especies vivientes a través del tiempo– son sustancialmente distintos. En este último caso es determinante el tiempo que la naturaleza tarda en recomponer sus recursos, tanto renovables como no renovables. Por ejemplo, los minerales fósiles como el carbón y el petróleo –dos pilares en la producción de bienes y servicios desde la revolución industrial hasta nuestros días– son recursos cuya capacidad de renovación se mide en millones de años, escala que impide cualquier análisis comparativo con los tiempos económicos de la explotación de los recursos naturales no renovables, lo cual conduce indefectiblemente a un lento pero irreversible agotamiento de los mismos. Para el caso de los recursos naturales renovables, es fundamental respetar los tiempos o los modos de autogeneración, ya que si la tasa de crecimiento de los recursos es menor a la tasa de explotación de los mismos, es evidente que en el mediano/largo plazo nos hallaremos en un caso similar al de los recursos naturales no renovables.

Uno de los últimos interrogantes tratados en el libro no sólo concierne a la ética sino también a la política y a la propia economía: “¿cuánto es razonable?”. “¿Cuánto más es razonable seguir extendiendo la frontera agropecuaria y seguir devastando el remanente de selvas tropicales que operan como pulmones del planeta?”. “¿Cuánto más es suficiente seguir creciendo en aquellos países que ya han alcanzado un nivel de ingresos cómodo, seguro y sin sobresaltos?”. Es en este marco cuando el autor introduce la noción de “sustentabilidad planetaria e intergeneracional” y su relación con la satisfacción de las necesidades humanas. Respecto del primer punto, Fazio comenta que la economía estándar ha hecho uso del concepto de sustentabilidad, aunque en un sentido “débil” del término, donde se plantea la posibilidad de sustituir el *capital natural* (recursos naturales) por *capital fabricado* (o industrial), posibilidad que depende intrínsecamente del progreso científico y tecnológico, del cual el pensamiento estándar tiene una fe ciega. Contrario a este enfoque, la interpretación “fuerte” de la sustentabilidad sugiere que el capital natural, por su complejidad y falta de homogeneidad, no sólo no es fácilmente sustituible por el capital fabricado, sino que en muchos casos es básicamente complementario.

Asociado a esta noción de sustentabilidad, el autor reincorpora la distinción aristotélica entre necesidades y deseos, a fin de proporcionar una respuesta más acabada a la pregunta recién mencionada “¿cuánto es razonable?”. Fazio parte de

la base que el planeta que habitamos es finito, siendo esta finitud planetaria la que nos permitirá tomar conciencia de la magnitud del problema ambiental en el tercer milenio. Posteriormente hace una distinción entre necesidades y deseos. Reconoce que hay dos tipos de necesidades: *biológicas* y *sociales*. Las primeras son comunes a todos los seres humanos, ya que todos necesitamos, por ejemplo, oxígeno, agua, alimento, etc. Es su satisfacción las que nos permite subsistir. Las necesidades sociales son aquellas comunes a todos los integrantes de una sociedad, como es el caso de la necesidad de protección, de conocimiento, de vivienda, de servicios de salud, etc. Por último están los deseos –mal llamados “necesidades” por la ortodoxia económica– que, a diferencia de las necesidades, no tienen límite: pueden ir de los más razonables (como gustos de alimentación o grado de educación) a los más discrecionales (*v. gr.*, una mansión, un jet privado). A esto Fazio agrega que las necesidades son comparables, no sólo interpersonalmente, sino también a nivel intergeneracional. Por ejemplo, para el caso de las necesidades biológicas, éstas son invariantes a través del tiempo. Esto no sucede con los deseos, donde tanto los fines como los medios para alcanzarlos varían tanto en el tiempo como de persona a persona.

La explicitación de los conceptos de necesidades biológicas y sociales y de los deseos en el plano normativo/prescriptivo nos permitirán dar una mejor respuesta a la pregunta “¿cuánto es razonable?”, ya que sobre la base de los mismos se podrá establecer qué porción de los recursos naturales son destinados a las necesidades y qué porción a los deseos, privilegiando su uso la para satisfacción de las primeras y, entre ellas, las biológicas por sobre las sociales:

“(…) siendo finitos los recursos totales, para una misma generación e intergeneracionalmente, tiene prioridad la utilización de recursos a los fines de las necesidades que de los deseos; dentro de las necesidades, tienen prioridad las biológicas en relación a las sociales. Con otras palabras, es éticamente cuestionable en una generación dada, que la utilización de los recursos requeridos para la satisfacción de los deseos no permita disponer de los recursos requeridos para la satisfacción de las necesidades de todos sus integrantes. Y, además, en cuanto a los recursos requeridos, la satisfacción de las necesidades y los deseos de una generación no debe hacer peligrar la disponibilidad de recursos requeridos para la satisfacción de las necesidades y deseos de las generaciones futuras. De esta manera, se perfeccionaría el principio de sustentabilidad estándar –satisfacer las necesidades presentes sin comprometer las de las generaciones futuras– en lo que hace al concepto de necesidades, en dos aspectos que lo transforman en una efectiva categoría de análisis: diferenciando necesidades y deseos, y estableciendo la prioridad de las necesidades respecto a los deseos a la hora de evaluar el modo de distribución de los recursos disponibles.” (p. 166)

El libro de Horacio Fazio es un llamado a la conciencia y a la moderación que no debe ser pasado por alto. Los recursos naturales no son infinitos. Por consiguiente, las teorías económicas no pueden seguir asumiendo que los recursos están *dados*. Las decisiones presentes no son éticamente neutrales, sino que repercuten en las generaciones futuras. Algunas de sus consecuencias las conocemos, empero hay otras de las cuales no sabemos qué efectos adversos podrán acontecer. La modelización económica no puede estar, por tanto, al margen de consideraciones éticas, así como tampoco de las problemáticas ambientales actuales (y de las que estarán por venir). Es imprudente confiar plenamente en el mercado, o en el progreso científico o tecnológico. No sabemos si el capital natural podrá ser totalmente sustituible por el capital industrial (lo más probable es que no lo sea). El capitalismo ha mejorado enormemente la calidad de vida de los seres humanos desde la revolución industrial hasta nuestros días. Pero no hay que permitir que ahora tome el rumbo contrario. La importancia de las problemáticas planteadas en el presente libro hace que el mismo sea altamente recomendable, no sólo para la comunidad académica, sino para el público en general.

Leonardo Ivarola  
Universidad de Buenos Aires  
ivarola@economicas.uba.ar